

DISCURSO DEL DR. MANUEL DE JESUS GOICO CASTRO,
OFRECIENDO EL HOMENAJE NACIONAL AL PROFESOR
JUAN JACOBO DE LARA.

Señor Rector de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña;

Señores Presidentes del Ateneo Dominicano, de la Academia Dominicana de Historia, de la Academia Dominicana de la Lengua, de la Academia de Ciencias y de la Academia de Letras;

Profesores universitarios;

Hombres de letras;

Damas y Caballeros;

Con esa emoción, —que Rodó definió como “la mano de Dios sobre el timón del alma”—, comparezco a esta tribuna con el enaltecedor encargo de pronunciar el discurso de orden, consagrado a dedicar de manera solemne este homenaje de glorificación al ilustre escritor Juan Jacobo de Lara, como testimonio de admiración y respeto.

Pocas veces ha recaído sobre mis hombros misión tan honradora, como es la de interpretar el pensamiento del Ateneo Dominicano, —secular centro de cultura que patrocina este acto—, y de transmitir al propio tiempo los mensajes de adhesión de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, y de las Academias Dominicanas de la Historia, de la Lengua, de Ciencias y de Letras, y la Universidad Tecnológica del Sur, instituciones que han decidido adherirse, en signo de

reconocimiento y de merecido tributo a tan conspicuo hombre de letras.

El hecho de haber lanzado a los cuatro horizontes de América y del mundo, en diez bien editados tomos, las obras completas de Pedro Henríquez Ureña, debe festejarse como el natalicio de un príncipe, diría Américo Lugo. Es un acontecimiento digno de especial mención en la historia de la cultura dominicana.

Esa tarea benedictina de compilador y prologuista vincula el nombre de Juan Jacobo de Lara como crítico literario, —con altos y sonoros timbres e inmortal preeminencia—, al prestigio universal de Pedro Henríquez Ureña y a la Universidad Nacional que ostenta el preclaro nombre del humanista, le atañe la gloria de haber puesto al alcance de los estudiosos de la cultura americana tan portentosa colección, bajo el fecundo rectorado del prominente jurista y hombre público doctor Juan Tomás Mejía Feliú, quien, además de convertir en realidad el ansiado ideal de compilar la obra dispersa del Maestro, ha tenido el acierto de encumbrar con tenacidad, optimismo e inteligencia, a los más altos niveles académicos, a nuestra amada y prestigiosa Casa de Estudios.

La crítica continental ha puesto de relieve, desde otro ángulo, el renombre que ha conquistado Juan Jacobo de Lara con la publicidad del libro *Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra*. Las auras promisorias de esos lauros nos llegan desde centros universitarios de México, la Argentina, Estados Unidos de América, Cuba y de otras naciones del hemisferio, núcleos culturales donde el humanista forjó discípulos que son hoy cabezas ilustres en la vanguardia del pensamiento contemporáneo latinoamericano. Escritores, poetas, ensayistas, historiadores y profesores universitarios veneran la memoria de su Maestro Pedro Henríquez Ureña, el más grande escritor dominicano de todos los tiempos y el primer autor nativo cuyo genio como humanista, como historiador de la cultura americana, como sabio filólogo y como docto hispanista, ha sido investido de inmortal aureola y del respaldo moral de los cenáculos de mayor categoría intelectual y prestigio en el

mundo, al tiempo que bien reputadas editoriales argentinas, mexicanas, cubanas, venezolanas, españolas y norteamericanas han venido patrocinando la divulgación sistemática de sus obras más señeras, en una primera etapa en tres lenguas romances: español, inglés y francés, sin omitir la posibilidad de editar esos libros en otros idiomas, tales como italiano, alemán, portugués y ruso, según indagaciones veraces afloradas a nuestro conocimiento de fervoroso "pedrista".

El crítico y poeta Mariano Lebrón Saviñón en el prólogo del libro en torno al sabio dominicano, pone de resalto que Juan Jacobo de Lara "es un devoto admirador de su magnífico compatriota" y agrega un concepto que obliga nuestra gratitud, vertido a título de loa y reconocimiento, cuando no vacila en afirmar que: "... posiblemente si hacemos la excepción de Rodríguez Demorizi, Flérida de Nolasco, quizá Fernández Spencer o un Goico Castro, muy pocos dominicanos conocen tan hondamente a Pedro Henríquez Ureña". (v.p.12)

La crítica más autorizada ya ha labrado un marmóreo pedestal a la figura de Juan Jacobo de Lara como escritor.

Emilio Rodríguez Demorizi, el más erudito y castizo de los historiadores dominicanos, en la "Presentación " de la obra intitulada "*Léxico y nomenclatura en documentos del Descubrimiento*", afirma que en la médula del pensamiento del autor "se advierte una mano docta y atildada, mano de dominicano fervoroso que consagra a su Patria las mejores esencias de su espíritu". Y agrega: el magistral ensayo, en una sistematizada incursión por los dominios de la filología hispanoamericana: los primeros contactos entre el español y las lenguas aborígenes; los vocablos indígenas adoptados; la flora, la fauna, la naturaleza, la agricultura, las costumbres, la toponimia, la onomástica, la geografía y como culminación de su estudio las ponderadas conclusiones, que corresponden a los objetivos de la obra: la revelación de lo indígena en la Isla, las formas y los límites de su supervivencia, de acuerdo con los textos de mayor autoridad: los documentos del Descubrimiento".

A Juan Jacobo de Lara otorga categoría de historiador ecuaníme y bien documentado el estudio intitulado *Bosquejo*

histórico del Santo Domingo Colonial como clave del Santo Domingo de hoy (Clfo, núm. 131, enero-agosto 1975, p. 29-58).

El ensayista de relieve hispanoamericano que tiene nuestro país en la docta pluma de Juan Jacobo de Lara da notaciones de su erudición y de sus magníficas facultades de crítico literario en sus estudios: *Lope de Vega y Calderón de la Barca. Estudio comparativo de su teatro en el Alcalde de Zalamea; Evolución de la novela en lengua española y Cervantes, rasgos característicos de su arte.*

El análisis de sus breves prólogos a las obras completas de Pedro Henríquez Ureña, de sus ensayos históricos y de sus estudios críticos, nos hace advertir que la prosa de Juan Jacobo de Lara está enriquecida por los más impecables recursos estilísticos del idioma y que se identifica con el "acento encantador" que descubrió Darío en la obra del Paul Verlaine. De Lara representa un clásico de nuestras letras contemporáneas; un prospecto excelente para prestigiar el elenco de los académicos de la lengua, avalado por las vivencias de su dominio de los más recónditos secretos y de las más modernas técnicas lingüísticas y filológicas.

Su estilo dúctil, ameno, cristalino, denuncia a todas luces estar nutrido por las savias orientadoras de los clásicos griegos y latinos y por los primates hispanos del siglo de oro.

Como investigador de la historia y como acucioso documentalista, De Lara participa del criterio que expone Cervantes, con el genio clarividente de que hizo galas en su obra maestra: "...El poeta puede cantar o contar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna..." (El Quijote, II Parte, Cap. III).

El ostenta el privilegio de ser uno de los puristas dominicanos con dominio absoluto de la difícil sencillez de escribir con galanura, con diafanidad, con la gracia resplandeciente que es timbre de excelsitud y conspicua reputación. Estamos frente a un escritor cabal, creador infatigable, representativo de esa clásica legión de los maestros de la lengua en nuestro exclusivo y selecto mundo literario.

Su formación intelectual luce los arreos y los señeros perfiles de un consumado humanista; la jerarquía de un valor representativo del ensayo; la agudeza y la sobriedad de un crítico literario y la erudición de un historiador de la cultura.

Estos méritos dan relieve a su personalidad y son a manera de cobertura de su grandeza de espíritu y de su nobleza, para tener derecho a poder exaltar, con propiedad y gallardía, los egregios perfiles de los escritores que como Pedro Henríquez Ureña, constituyen las más altas glorias del saber dominicano en esta parcela primigenia de la hispanidad.

Escribir con donosura no es el arte, —como creen algunos intonsos—, de repartir en la prosa neologismos a diestro y a siniestro; tapizar los discursos de adagios y proverbios latinos; abultar los párrafos con pertinaz e irreflexiva adjetivación o hacer abuso del hábito de esmaltar los tropos de dicción o los giros estilísticos de gerundios y adverbios,— que son a manera de oscuros cortinajes—, que distorsionan y esconden la nítida esplendidez de la forma, la divina desnudez de la prosa y del verso, desnudez que siempre amó, hizo suya como a una virgen, y adoptó como su musa inseparable el inmortal Juan Ramón Jiménez.

Todo purista debe quebrar lanzas contra el adjetivo y contra las metáforas. El filósofo argentino Francisco Romero en un estudio sobre Spengler de su libro *El hombre y la cultura* afirma que “nada hay más peligroso en ciencia y en filosofía que una metáfora”. Nuestro insigne Manuel Arturo Peña Batlle legó a la posteridad esta frase: “Antes de escribir una metáfora prefiero cortarme la mano”. El estilo tiene la virtud de ser cuanto más sobrio más castizo. Esta perfección, —huraña como una ninfa desnuda en la selva—, se alcanza cuando el escritor está dotado de la lucidez y del arte de decorar la prosa con la armonía y la musicalidad, inseparables del genio de la lengua. En apoyo de ese criterio el eminente Ramón Menéndez Pidal, cuando fungía como presidente de la Real Academia Española de la Lengua, escribió con acierto: “... en un estilo sobra todo lo que no hace falta”.

Si es cierto que “los vivos somos gobernados por los

muertos”, como proclamó el sociólogo Augusto Comte o como dijera en un poema Walt Whitman que “los muertos en alguna parte están vivos esperándonos”, yo no dudo que el espíritu de los muertos ilustres nos transmita elocuentes mensajes desde la inmortalidad y nos rodee con una aura de infinita ternura, con un divino y casi invisible resplandor o con aquella “extrahumana luz” que el precursor del modernismo vislumbró flotando sobre la tumba de Verlaine. Acaso tendremos la certeza de poder dialogar en esta noche de exaltación y de gloria, con el alma y con la sombra iluminada de Pedro Henríquez Ureña.

Con los ojos del espíritu presentimos su figura de apóstol. Imaginemos que transfigurado a todos nos ilumina su ser de poderosa excelsitud y que su inmensa generosidad nos hace partícipes de la inmortal aureola de su grandeza.

Doctor Juan Jacobo de Lara:

Por intermedio de mi palabra, insuflada de júbilo y de emoción, todas las instituciones culturales aquí representadas le dedican este homenaje. Dígnese aceptarlo con la convicción de que está revestido de sinceridad y de amor. Acéptelo pensando que es una simbólica corona de laurel colocada por mis trémulas manos en su inmaculada frente de pensador.

Estamos conscientes de que todos los seres pensantes de la República tributan un aplauso y se identifican con este acto justiciero.

Finalmente, consagrémonos a pensar que el espíritu de Pedro Henríquez Ureña nos asiste y desde el inmenso pedestal de su gloria se solidariza con este homenaje, acaso mirándonos desde el seno de la inmortalidad, convertido en la estrella más luminosa que habita esta noche en la comba inmensa del cielo.